

## Prólogo

—¡Muchas gracias!

—¡Estaba de puntillas, alargué el brazo todo lo que pude y Esther me dio el cambio, veinticinco øre, de una corona. Luego se asomó por la estrecha ventanilla, puso su mano arrugada sobre mis rizos rubios y la dejó allí un rato. No es que me gustara mucho, pero tampoco era la primera vez que lo hacía, así que estaba acostumbrado. Fred nos había dado la espalda ya hacía tiempo, se había metido la bolsa de azúcar cande en el bolsillo, y en su forma de moverse noté que estaba cabreado por algo. Fred estaba cabreado, y no había nada que me inquietara más. Andaba arrastrando los pies como si fuera abriéndose camino, con la cabeza baja entre los hombros altos y picudos, como enfrentándose con todas sus fuerzas a un fuerte viento, aunque era una tranquila tarde de mayo, sábado para ser más exactos, y el cielo sobre el barrio de Marienlyst estaba brillante y azul, rodando lentamente como una gigantesca rueda hacia los bosques detrás de la ciudad. —¿Fred ya ha vuelto a hablar?, susurró Esther. Asentí con la cabeza. —¿Qué dijo? —Nada. Esther se rió. —Corre, tienes que alcanzar a tu hermano, si no, se lo comerá todo.

Retiró la mano de mi pelo y se la olió un instante, mientras yo echaba a correr para alcanzar a Fred. Esto es lo que recuerdo, éste es el músculo del recuerdo, no los dedos amarillos de la vieja en mi pelo, sino que corro sin parar tras Fred, mi hermanastro, y que resulta casi imposible alcanzarlo. Yo soy el hermano pequeño, me pregunto por qué está tan cabreado, y noto un pinchazo en el pecho y una exhalación caliente y húmeda en la boca, tal vez me haya mordido la lengua al correr. Aprieto la mano con la cálida moneda del cambio, y corro tras Fred, una figura estrecha y oscura en medio de toda la luz que nos rodea. El reloj de la Radio Nacional marca las tres y ocho minutos, y Fred se ha sentado en un banco junto a los arbustos. Cruzo la calle Kirkeveien a toda prisa, apenas hay tráfico porque es sábado, sólo pasa un furgón de la funeraria que de repente se para en medio del cruce, y el conductor, todo vestido de gris, sale y golpea repetidamente el chasis mientras profiere maldiciones, y dentro del furgón, en el alargado espacio detrás de los asientos, hay un ataúd blanco, pero seguro que está

vacío, pues no creo que entierren a nadie un sábado por la tarde, los enterradores librarán, y si hay alguien dentro, tampoco importa, porque los muertos tendrán tiempo de sobra, pienso, para pensar en otra cosa, y el conductor gris con guantes negros logra por fin poner el coche en marcha de nuevo y desaparece hacia Majorstua. Respiro hondo en el pesado hedor a gases de tubo de escape y corro por la hierba del parque infantil, paso por los pequeños pasos de cebra, los semáforos y las aceras, es como una ciudad para enanos; una vez al año nos llevaban allí para aprender las normas de tráfico, que nos enseñaban altos policías de uniforme con cinturones anchos y ceñidos. Fue allí, en esa ciudad en miniatura, donde dejé de crecer. Fred está sentado en el banco y mira hacia otra parte. Me siento a su lado, sólo estamos los dos en esa tarde de sábado del mes de mayo.

Fred se mete un afilado trozo de azúcar cande en la boca y lo chupa durante un buen rato. Se le hincha la cara y veo la saliva marrón que empieza a chorrearle por los labios. Tiene los ojos oscuros, casi negros, y tiemblan, sus ojos tiemblan. Ya me he dado cuenta antes. Está callado. Las palomas se pavonean silenciosas por la hierba sin brillo. Espero. Ya no aguanto más. —¿Qué pasa?, pregunto. Fred traga, un estremecimiento recorre su flaco cuello. —No hablo con la boca llena. Se mete más azúcar cande entre los dientes y lo mastica lentamente. —¿Por qué estás tan cabreado?, susurro. Fred se come todo el cande, arruga la bolsa marrón y la tira a la acera. Una gaviota viene en picado, asusta a las palomas, roza el asfalto con un grito y se eleva hacia una farola. Fred se echa el flequillo hacia atrás, pero vuelve a caerle sobre la frente y así lo deja. Por fin habla. —¿Qué le dijiste a la vieja? —¿A Esther? —¿A quién si no? Así que os habláis por el nombre y todo. Tengo hambre y siento náuseas. Me entran ganas de tumbarme en la hierba a dormir entre las palomas. —No creo que me acuerde de lo que le dije. —Seguro que te acuerdas si lo piensas. —Palabra de honor, Fred. No me acuerdo. —Entonces, ¿cómo es que yo me acuerdo y tú no? —No lo sé, Fred. ¿Por eso estás tan cabreado? De repente me pone un puño encima de la cabeza. Me encojo. —¿Eres tonto o qué?, pregunta. —No lo sé, Fred. No seas así, anda. Por favor. Su puño sigue entre mis rizos. —¿Por favor? Caliente, caliente, pequeño. —No hables así. Sus dedos se deslizan por mi cara, huelen a dulce, como si me estuviera untando de pegamento. —¿Quieres que te diga exactamente lo que dijiste? —Sí, dilo. Fred se inclina hacia mí. Soy incapaz de mirarlo a los ojos. —Dijiste muchas gracias.

En realidad me sentí aliviado. Pensaba que quizá había dicho otra cosa, algo mucho peor, algo que jamás debería haber dicho, palabras cuya existencia desconocía, por ejemplo, coño de puta. Tosí. —¿Muchas gracias? ¿Eso dije? —Sí, joder. ¡Lo creas o no, dijiste *muchas gracias!*, gritó Fred, aunque estábamos sentados en el mismo banco, muy cerca el uno del otro. —¡*Muchas gracias!*, gritó. No entendía muy bien lo que quería decir con eso y me entró

más miedo aún. Pronto tendría que ir al wáter. Contuve la respiración. Quise con todo mi corazón decir lo correcto, pero no sabía qué contestar, porque no sabía lo que quería él. *Muchas gracias*. Y tampoco podía echarme a llorar en ese momento, de lo contrario, Fred se cabrearía aún más, o tal vez se reiría de mí, y eso era casi lo peor de todo, cuando se reía de mí. Me encogí sobre las rodillas. —¿Y luego?, susurré. Fred gimió. —¿Y qué? Creo que al fin y al cabo, eres tonto. —No soy tonto, Fred. —¿Y cómo lo sabes, eh? Tuve que reflexionar. —Porque nuestra madre lo dice. Que no soy tonto. Fred permaneció callado durante un rato. No me atrevía a mirarlo. —¿Y qué dice de mí? —Lo mismo, me apresuré a contestar. Noté su brazo en mi hombro. —No le estarás mintiendo a tu hermano, ¿verdad? —preguntó Fred en voz baja—; ¿aunque sólo sea tu hermanastro? Levanté la vista. La luz que nos rodeaba me cegaba. Era como si el sol estuviera lleno de sonido, un sonido alto y chillón que venía de todas partes. —¿Por eso estás tan enfadado conmigo, Fred? ¿Porque sólo soy tu hermanastro? Fred señaló mi mano, que seguía apretando el cambio, una moneda de veinticinco øre sudada y pegajosa, como un caramelo plano que alguien lleva tiempo chupando. —¿De quién es?, preguntó Fred. —Nuestra, claro. Fred asintió repetidas veces con la cabeza y me entró calor de pura alegría. —Pero puedes cogerla si quieres, me apresuré a decir. Quería darle la moneda. Fred me miraba fijamente. Volví a sentirme inquieto. —Entonces, ¿por qué dices muchas gracias cuando te devuelven dinero que es nuestro? Tomé aliento. —Lo dije, y ya está. —Piénsatelo mejor la próxima vez, ¿vale? —Vale, susurré. —Porque yo no quiero un hermano que hace el tonto. Aunque sólo seas mi hermanastro. —Vale, susurré. Me lo pensaré mejor. —*Muchas gracias* es una frase de mierda. No digas nunca muchas gracias. ¿Entiendes? Fred se levantó y escupió un espeso gargajo marrón que dibujó una elipse y aterrizó con un chasquido en la hierba, justo delante de nosotros. Vi un montón de hormigas que se acercaban a toda prisa. —Tengo sed —dijo Fred—. El cande me da mucha sed, joder.

Volvimos a cruzar hacia el quiosco de Esther, que estaba en un zaguán, justo enfrente de la iglesia de Majorstuen, esa iglesia blanca cuyo párroco no quiso bautizar a Fred, y luego también se negó a bautizarme a mí, pero sólo a causa de mi nombre. Me coloqué delante de la ventanilla de puntillas, Fred se apoyó en el canalón, levantó la mano y asintió con la cabeza, como si hubiéramos acordado algo importante. Esther se asomó, sonrió al verme y me tocó otra vez los rizos. Fred sacó la lengua todo lo que pudo, haciendo como si vomitara. —¿Y ahora qué quiere el señorito?, preguntó Esther. Me sacudí sus dedos de la cabeza. —Una bolsa de refresco. Rojo. Me miró algo extrañada. —Vale, vale, una bolsa de refresco rojo. Sí, señor. Se puso a buscarla. Fred seguía allí, en la sombra, aunque también él casi cegado por el penetrante reflejo del muro blanco de la iglesia de enfrente.

No me quitaba ojo. Veía todo. Oía todo. Puse a toda prisa la moneda en la mano de Esther y ella me devolvió enseguida una moneda de cinco øre. –Aquí tienes, dijo ella. La miré a los ojos. Estaba de puntillas mirándola a los ojos, tragué saliva varias veces y por encima de nosotros seguía rodando lentamente el cielo, como una gran rueda azul hacia los bosques. Señalé la moneda. –Es nuestra –dije en voz alta–. ¡Para que lo sepas! Esther estuvo a punto de caerse de la estrecha ventanilla. –¡Pero por Dios! ¿Qué te pasa? –De nada, dije. Y Fred me cogió del brazo y me arrastró por Kirkeveien. Le di la bolsa de refresco. A mí no me apetecía. Mordió una esquina y apretó hasta que el líquido rojo salió, dejando una raya tras nuestros pasos. –No está mal, dijo. Estás mejorando. Me puse muy contento. Quise darle también la moneda de cinco øre. –Quédatela, dijo. Apreté la mano con la moneda marrón. Podía usarla para jugar a cara o cruz si alguien quería jugar conmigo. –Muchas gracias, dije.

Fred suspiró profundamente y tuve miedo de que volviera a cabrearse. Podría haberme tragado la lengua. Pero él me rodeó con el brazo, mientras apuraba la última gota de la bolsa de refresco camino de la acera. –¿Recuerdas lo que te pregunté ayer?, dice. Asiento rápidamente con la cabeza y apenas me atrevo a respirar. –No, susurro. –¿No? ¿No lo recuerdas? Me acuerdo, pero no quiero acordarme. Y no consigo olvidarlo. Deseaba que Fred no hubiera vuelto a hablar. –No, Fred. –¿Quieres que te lo pregunte otra vez? –Sí, susurro. Y Fred sonrío. No está cabreado cuando sonrío así.

–¿Quieres que mate a tu padre por ti, Barnum?, pregunta.

Me llamo Barnum.

# EL ÚLTIMO MANUSCRITO

## El festival

Sólo llevo trece horas en Berlín y ya estoy destrozado. Sonó el teléfono. Lo oí. Me despertó, pero yo estaba en otra parte. Estaba al lado. Estaba desconectado. No estaba conectado a tierra. No tenía tono, sólo un corazón que latía con pesadez y desacompañado. El teléfono seguía sonando. Abrí los ojos desde una oscuridad plana, sin imágenes, y vi mi mano. No era una visión especialmente hermosa. Se me estaba acercando. Me tocó la cara, tentativa, como si se hubiera despertado con un extraño en la cama, unida al brazo de otro hombre. Los dedos chatos, de repente, me hicieron sentir náuseas. Permanecí tumbado. El teléfono no dejaba de sonar. Oía voces bajas, entrecortadas por algún que otro gemido; ¿alguien había descolgado el teléfono por mí? ¿Por qué seguía sonando pues? ¿Por qué había alguien en mi habitación? ¿Acaso no me había acostado solo? Me volví y vi que el sonido procedía de la televisión. Dos hombres se estaban cepillando a una mujer. Ella no daba la sensación de estar disfrutando, parecía más bien indiferente. Llevaba un tatuaje en una nalga, una mariposa tristemente mal colocada, y tenía los muslos llenos de moratones. Los hombres eran obesos y pálidos, y apenas tenían erección, pero no desistían, gemían con sonidos huecos mientras la tomaban desde todos los ángulos posibles. Resultaba vacilante y lúgubre. Por un instante, la indiferencia de la mujer se convirtió en dolor, una mueca se dibujó en su cara cuando uno de los hombres la golpeó en la boca con su miembro flácido. La mano desapareció de mi cara. Al instante, la imagen se había esfumado. Si tecleaba el número de mi habitación, podría ver la televisión de pago otras doce horas. No quería ver más. No recordaba el número de mi habitación. Yacía atravesado en la cama, con la chaqueta a medio quitar, probablemente en un intento de acostarme como es debido, sin ropa y normal, pero era obvio que sólo había llegado hasta ahí cuando se me fundieron los plomos de la cabeza. Sí, había un zapato en el marco de la ventana. ¿Había estado allí admirando las vistas, o quizá pensando en algo completamente distinto? Puede que sí, puede que no. No lo sabía. Me dolía una rodilla. Volví a encontrar la mano. Era mi mano. La empujé hacia la mesilla de noche, y mientras colgaba allí, como un pájaro enfermo, con las alas separadas sobre una rata blanca que parpadeaba con

un ojo rojo de mal augurio, el teléfono dejó de sonar. La mano voló a casa. El silencio vino de atrás, bajó la tensa cremallera de mi nuca y lamió la columna vertebral con una lengua de hierro. No me moví en mucho rato. Tenía que nivelarme. La burbuja verde de aire tenía que quedarse quieta en el cuerpo tumbado, en la gruta del alma. No recordaba nada. La gran goma de borrar había pasado por mí, como tantas veces antes. Sólo me acordaba de cómo me llamaba, pues quién puede olvidarse de un nombre como el mío: Barnum. ¡Barnum! ¿Quiénes se creen que son esos padres que condenan a sus hijos a cadena perpetua tras los barrotes de las letras? «¿Por qué no te cambias el nombre?», decían algunos, gente que no sabía de qué estaba hablando. Porque no sirve de nada. El nombre te sigue con el doble de vergüenza si intentas librarte de él. ¡Barnum! Llevaba media vida con ese nombre. Faltaba poco para que empezara a gustarme. Eso era lo peor. Entonces descubrí que tenía algo en la otra mano, la tarjeta-llave, una vulgar plancha de plástico con un determinado número de agujeros formando un determinado dibujo, que se podía meter en el cajero automático de la puerta y vaciar la cuenta de la habitación, si no estaba ya al descubierto por obra del inquilino anterior, que sólo había dejado unas uñas mordidas debajo de la cama y un hueco en el colchón tras un pesado sueño. Podría haber sido en cualquier sitio. Una habitación en Oslo, una habitación en la isla de Røst, una habitación sin vistas. La maleta estaba en medio del cuarto, la vieja y callada maleta aún sin abrir, vacía de todos modos, nada de aplausos, nada más que un guión, unas apresuradas páginas. Yo había ido y venido. Ese soy yo. Ir y venir y volver a gatas. Pero aún sabía leer. De la silla junto a la ventana colgaba un albornoz blanco. En él pude leer el nombre del hotel. Kempinski. ¡Kempinski! Luego oí la ciudad. Oí Berlín. Oí las excavadoras del este y las campanas del oeste. Me levanté despacio. El día ya estaba en marcha. Había empezado sin mí. Y me acordé de algo. Tenía una cita. El ojo rojo del teléfono seguía parpadeando. Había un mensaje para mí. Me importaba un bledo. Peder tendría que esperar. Porque, ¿quién sino Peder podría llamar y dejar mensajes a esas horas? Claro que era Peder. Podía esperar. A Peder se le daba bien esperar. Yo le había enseñado. Nadie en sus cabales aparece antes del almuerzo el primer día en Berlín, nadie más que Peder, mi amigo, mi socio, mi agente, él sí tenía concertadas citas antes del desayuno, porque Peder ya era uno de ellos. Eran las doce y veintiocho. Las cifras brillaban en letras verdes y cuadradas en la pantalla muerta del televisor, y cambiaron a las doce y media en punto entre dos latidos de corazón poco corrientes. Me quité la ropa con cuidado, abrí el minibar y me bebí dos botellitas de Jägermeister. Se quedaron donde debían. Me bebí una más y fui al baño a vomitar por si acaso. Era incapaz de recordar cuándo había comido por última vez. El rollo de papel higiénico estaba intacto. Ni siquiera había ido al wáter. Luego me cepillé los dientes, me puse el albor-

noz, metí los pies en las zapatillas blancas del hotel, y antes de salir de la habitación me percaté de que el ojo del teléfono seguía mirándome fijamente, pero Peder tendría que esperar, ese era su trabajo. Peder era muy capaz de parlotear hasta que se le incendiara la habitación.

Cogí el ascensor y bajé a la piscina, pedí prestado un bañador, me bebí una cerveza y otro Jägermeister, y conseguí hacer tres largos antes de agotarme. Me quedé flotando junto al borde. Música clásica salía a chorros de altavoces invisibles para mí; Bach, claro, en versiones sintéticas, intocadas por la mano humana. Algunas señoras flotaban sigilosamente sobre la espalda. Flotaban a la americana, con los brazos abiertos como alas, y llevaban gafas de sol que constantemente tenían que empujar hacia la frente con el fin de ver mejor, con el fin de encontrarse con la mirada de alguien, tal vez llegara Robert Downey tambaleándose junto al borde, Al Pacino sobre plataformas o mi viejo amigo Sean Connery, en ese caso le invitaría a una buena copa y me referiría a nuestro último encuentro. Pero no se veía a nadie de ese nivel celestial y yo tampoco era gran cosa que contemplar. Las señoras se colocaban de nuevo las gafas de sol y se mantenían a flote con brazos lentos y azules; ángeles, eran ángeles en cloro, con pequeñas tripas hinchadas, lo que me dejó de repente muy tranquilo, agotado, tranquilo y casi alegre. Yo también flotaba, flotaba a la noruega, con las manos a los costados y los dedos como palas para mantener el equilibrio, mantenerme a flote cuando. Ahora estaba nivelado. Entonces llegó el miedo, siempre llegaba igual, de repente, aunque yo sabía que llegaría, como llega la nieve. El miedo bebió a pequeños sorbos mi tranquilidad. El miedo acabó con mi tranquilidad. ¿Sucedió algo anoche? ¿Había alguna a quien debería comprar flores, pedir perdón, alguien para quien tendría que trabajar sin cobrar y hacerle la pelota? Ni idea. Todo podría haber sucedido. Estaba en poder de la sospecha. Me coloqué boca abajo e hice olas debajo de las señoras americanas, trepé los ásperos escalones como una afrodita encorvada, escuché por encima del agua una leve risa, y en ese instante Cliff Richard salió del vestuario, sí señor, era él, ataviado con el albornoz y las zapatillas del hotel. Su pelo estaba posado como una planicie sobre la cabeza y tenía el rostro fresco y estirado. Parecía una momia escapada de la pirámide de la década de los sesenta. En otras palabras, se conservaba bien, y las señoras del agua se hicieron notar delicadamente, respirando como marsopas bienintencionadas, aunque Cliff tal vez no figurara en el primer puesto de su lista de deseos. Pero a mí me bastaba, pues por un instante me hizo olvidar mi miedo, su mera presencia me proporcionó un recreo, igual que aquella vez, en esa vida que es nuestra historia, la historia de Fred y mía, la que sólo llamo *aquella vez*, en que estaba sentado en nuestro cuarto en Kirkeveien, con la oreja pegada al tocadiscos escuchando *Livin' lovin' doll*, mientras Fred estaba tumbado en la cama, mudo, con los ojos abiertos de par en

par. Llevaba veintidós meses sin hablar, el tiempo que dura el período de gestación de las elefantas, ni una sola palabra había dicho desde que murió la Vieja, y todos habían renunciado ya a hacerle hablar, nuestra madre, Boletta, el tutor en el colegio, el dentista escolar, Esther, la del quiosco, Dios y cualquiera, nadie había sido capaz de sacarle una palabra, y yo menos que nadie. Pero cuando levanté la aguja para poner *Livin' lovin' doll* por vigésima vez, Fred se levantó de la cama, la arrancó, bajó al patio, tiró el tocadiscos a la basura y empezó a hablar. Hizo falta Cliff, por lo que quería darle las gracias. Pero sir Cliff Richard me pasó de largo dibujando una gran elipse, se sentó en la bicicleta estática entre los espejos del rincón y se puso a pedalear hacia su propio reflejo, sin acortar distancias, igual que una momia con codo de tenista. Mi mano se deslizó por el mostrador del bar y levantó lo primero con lo que se topó, un gin tonic, una verdadera golosina. Cuatro relojes indicaban la hora en Nueva York, Buenos Aires, Yakarta y Berlín. Me contenté con la de Berlín. Las dos menos cuarto. Peder estaría sudando ya. Peder conversaba, disculpaba, iba por cervezas, café, sandwiches, llamaba al hotel, me buscaba, dejaba recados y mensajes, corría por el centro de prensa saludando a todos los que reconocía, haciendo reverencias ante los que no reconocía, y entregando su tarjeta de visita a todos los que no lo reconocían a él. Imaginé oírle decir *¡Barnum llegará en un momento, habrá dado un pequeño rodeo, ya sabéis cómo es, ¿verdad?, las buenas ideas suelen provenir de las cabezas despistadas, yo no soy más que la imaginación práctica que tiene que hacerlas visibles, un brindis por Barnum!* Pues sí, Peder estaría sudando ya, y se lo tenía merecido. Me reí, me reí ruidosamente en el borde de la piscina del hotel Kempinski, mientras Cliff Richard pedaleaba en competición con tres espejos y las miradas de las gordas norteamericanas, y tan pronto como me llegaron el miedo y la risa, me invadió una sombra. ¿Qué me estaba pasando? ¿En qué éxtasis enrevesado me hallaba sumergido? ¿Cuál era esa oscura felicidad que me poseía? ¿Era la última risa antes de llegar aquello que aún no conocía, pero que temía más que a nada? Sentí frío. Me tambaleé un instante sobre los azulejos de mármol verde. Me tragué la risa, la revoqué. No era ese el silencio antes de la tormenta. Era el silencio que hace temblar a los gatos mucho antes de que empiece a llover.

Me duché y pensé por un instante en tumbarme en el solárium. Un atisbo de bronceado y estirado de cara antes de la reunión no hubiera estado mal. Pero me encontraba en la fase indolente y de indiferencia. Opté por ir a buscar una cerveza. El camarero esbozó una sonrisa al darme la botella. Me fijé de repente en su juventud. Llevaba el uniforme del hotel con una torpe dignidad, casi obstinada, como un niño que ha robado el traje oscuro de su padre. Supuse que procedía de la antigua Alemania del Este, algo en su terquedad me hizo pensarlo. Había empezado su ascendente carrera en la pis-

cina del hotel Kempinski. —¿Señor Barnum?, dijo en voz baja. Obviamente creía que era mi apellido. No era el único. Se lo perdonaba. —¿Sí? Soy yo. —Hay un mensaje para usted. Me dio un sobre alargado con el logo del hotel. Peder siempre se las apañaba para encontrarme. Aunque me escondiera detrás de las casetas de los pescadores en la isla de Røst, me encontraba. Si dormía en el calabozo de los borrachos, lo más probable sería que Peder me despertara. Si me despertaba en la pensión Coch, en Bogstadveien, Oslo, era Peder quien llamaba a la puerta. Me apoyé en el mostrador. —¿Cómo te llamas?, pregunté. —Kurt, sir. Hice una señal hacia los espejos del rincón. —¿Ves a ese tío de ahí, Kurt? ¿Ese que pedalea sin cesar? —Sí, señor. Lo veo. —¿Sabes quién es? —No, señor, lo lamento. Comprendí lentamente que también yo me había hecho viejo. —No importa, Kurt. Llévale una coca-cola. Una light. Y anótala en la cuenta de mi habitación.

Doblé el sobre cuatro veces y me lo metí en el bolsillo del albornoz. Si Peder también quería que sudara, vería cumplido su deseo. Me llevé la cerveza a la sauna y conseguí un asiento en la fila de arriba. Había algunas personas que me resultaban familiares, pero a las que no era capaz de reconocer del todo, razón por la cual saludé sin fijar la mirada, haciendo sólo un pequeño gesto con la cabeza, mi especialidad, mi gesto al mundo. Pero ellos me miraron fijamente, sin pudor. Albergué la esperanza de que no hubiera ningún noruego entre aquellas personas, ningún dramaturgo de *Cine Noruego*, periodistas de las páginas de cotilleo, charlatanes de las revistas u otros directores. Me arrepentí enseguida de esa maniobra, de ese caluroso rodeo, porque allí todos estaban desnudos, y había mujeres y hombres. Y el que llevaba una pequeña toalla alrededor de las caderas era un intruso que hacía avergonzarse a los demás. Yo era el vestido que de repente hacía tan visible e intolerable su desnudez, sus varices, sus culos planos, sus michelines, sus tetas colgantes, sus lunares tal vez malignos. Tendría que quitarme la toalla. No quedaba más remedio. No podía salir, porque eso dejaría al descubierto mi cobardía y me tacharía de sospechoso, de mirón, y todavía quedaban tres días de festival. Muy a mi pesar me quité la toalla y les mostré que también yo podía ser natural debajo de todas mis prendas, que mantenía intacta mi desnudez. Así me quedé, con las piernas cruzadas, desnudo en la sauna unisex alemana, extrañado de que en este país tan obediente a la ley y tan carente de humor, las mujeres y los hombres estuvieran prácticamente obligados a sentarse juntos si querían sudar un poco. En esa Noruega tan natural, que apenas ha conseguido salir de los glaciares, una cosa así habría ocasionado una crisis gubernamental y un montón de cartas al director. Pero ya que era obligatorio, había en ello una especie de lógica. Sólo había una sauna en el hotel, y esa sauna debía ser usada por hombres y mujeres desnudos al mismo tiempo. Si hubiera sido voluntario, habría sido indecente. Tendría que tener algo que ver con la guerra. Aquí todo tiene

algo que ver con la guerra, y pensé en los campos de concentración, en la última ducha, en la que hombres y mujeres eran separados para siempre por esos aseados asesinos en masa, incluso había campos sólo para mujeres, Ravensbrück, y por un instante pensé, casi excitado, que ese tema, ese salto en el pensamiento, esa asociación del holocausto con ese encuentro casual en la sauna del Kempinski durante el festival de cine en la nueva Berlín, podría aprovecharse para algo. Pero como ocurría tan a menudo últimamente, la idea se me escapó, se cayó, la lengüeta era demasiado frágil, y mientras se me escapaba, me hundía cada vez más en la duda. ¿Qué tenía yo realmente para presentar? ¿Cuáles eran mis historias? ¿Cuánto puedes robar antes de que te pillen? ¿Cuánto has de mentir hasta que te crean? Y yo, ¿no había sido siempre un escéptico, un escéptico normal y corriente? Sí, había dudado de casi todo, por no decir de mí mismo, incluso dudaba de que existiera algo que se pudiera llamar «mí mismo», en mis momentos sombríos me consideraba a mí mismo una cantidad limitada de carne, amontonada en un determinado sistema que llevaba el nombre de Barnum. Había dudado de todo, excepto de Fred, porque Fred era indudable, estaba por encima de toda duda. Recordé algo que mi padre solía decir: Lo importante no es lo que ves, sino lo que crees ver. Vacíé la botella y de repente reconocí a alguien que estaba sentado allí dentro. Justo lo que ya me temía: una conocida crítica de cine, una vieja conocida, no menciono su nombre, la llamábamos El Alce, porque siempre nos recordaba a las puestas de sol, y por ende, a esas pinturas tan populares que representaban un alce y una puesta de sol, y que se encontraban en tantos hogares. Ella escribió en una ocasión que yo era «un Volkswagen entre Rolls Royces», pero yo nunca leí aquel artículo porque me encontraba entonces fuera de la civilización. Peder pensó en poner un pleito por agravio, aunque afortunadamente nunca lo llevó a cabo, pero si ella quería jugar con las metáforas, se estaba dirigiendo al hombre equivocado. En ese momento me miró e inició una sonrisa, y aunque parecía mucho menos pomposa en la sauna que en sus columnas, como una fruta demasiado madura, preferí no tener que devolvérsela. Además, podría suceder que dijera algo que no debería haber dicho jamás. Ella era mi mal augurio. ¿Qué auguraba esta vez? No me atreví a pensar en ello. Le sonreí. —¡Que os jodan!, dije. Me encogí sobre las rodillas y tosí con mucha fuerza. No podía ser. Mi lengua se enrolló de nuevo. Mi lengua era una cáscara de plátano. «Tu lengua es un tobogán», solía decir Fred. Sólo yo lo había oído. Que os jodan. El Alce levantó la vista, asombrada, yo tosí con todas mis fuerzas, a punto de vomitar, y una vez más Cliff Richard me salvó, pues justo en ese instante entró en la sauna con una coca-cola en la mano trayendo recuerdos de la cubierta de *Livin' lovin' doll*, y permaneció unos instantes junto al reloj de arena en el que la arena subía y bajaba, como si el tiempo no fuera algo que uno dejaba atrás, sino de lado. A continua-

ción se sentó en la parte de arriba, donde también me encontraba yo. Había poco sitio. Pronto hizo demasiado calor. La aguja marcaba noventa. El Alce se hartó. Salió escondida detrás de su toalla, con una última mirada rápida por encima del hombro. ¿Se estaba riendo? ¿Se estaba riendo de mí? ¿Tenía ya una historia que contar aquella misma noche en la barra del bar? Alguien echó agua sobre las piedras. Silbaron. La humedad se hizo visible como una niebla hirviente. Me volví hacia Cliff. Él no sudaba, seguía seco. Su pelo estaba donde tenía que estar. Tenía todo el cuerpo convenientemente bronceado. Por fin podría decírselo. Pero de repente dijo: —Gracias por la coca-cola. —Al contrario, dije. Soy yo quien debe darte las gracias. Gracias. Cliff levantó la botella y sonrió. —¿Por qué?, preguntó. —Tus canciones hicieron hablar a mi hermano, contesté. Por un instante pareció molesto. —En ese caso no fueron mis canciones, sino la fuerza de Dios, susurró.

Hacía demasiado calor. Tomé la toalla y salí dando tumbos, mareado y sediento. Volví a ducharme, y avisté a Kurt en el bar. Hizo un movimiento discreto con la cabeza y me guiñó un ojo. Ya era mi hombre. Volví a subir en el ascensor a mi habitación. El teléfono seguía con la luz roja. Descolgué el auricular y volví a colgarlo, tiré el albornoz en la cama, me puse un traje y me metí una botellita del minibar en cada bolsillo. Ese traje tenía muchos bolsillos. Iba armado de alcohol. Me bebí el último Jägermeister, que permaneció como una columna ardiente desde el estómago hasta el paladar, luego me comí una cucharada de pasta de dientes y coloqué las suelas ortopédicas en mis nuevos zapatos italianos. Estaba listo para la reunión.

¿Y qué podía saber yo de todo lo que sucedía en lugares donde yo no estaba, de las movidas fuera de mi alcance? Lo ignoraba. Seguía en la ignorancia, a merced de la sospecha, y no quería saberlo cuando bajaba en ese lento ascensor con espejos en todas las paredes, incluso en el techo. En ese momento sólo quería ser un hombre contemporáneo que vivía segundo a segundo encerrado en el espacio de tiempo más pequeño de todos, donde sólo había lugar para mí. Vi un instante mi propio rostro en los espejos y pensé en un niño que se cae, que vuelve a levantarse y que no empieza a chillar hasta que se percata de las personas asustadas y preocupadas que le rodean, como un dolor retardado, el eco de un susto. Me dio tiempo a beberme una botellita de vodka. Luego, un portero de pelo blanco me abrió la puerta y se dispuso a acompañarme fuera con un paraguas. Le di cinco marcos para que no lo hiciera. Miró con tristeza el billete antes de hacerlo desaparecer entre sus dedos lisos y grises. Resultaba imposible saber si le había ofendido dándole demasiado o demasiado poco. Me recordaba a un criado de los tiempos coloniales. Él era quien movía los hilos en el hotel Kempinski. Él era quien rompía los precintos de los rollos de papel higiénico. Pisé la alfombra roja, que ya tenía los bordes desgastados. Cuatro limusinas con los cristales tintados estaban aparcadas junto a la acera. Ninguna

era para mí. Hay un viejo dicho en este negocio: *No limo, no deal*. Me importaba un bledo. El vodka escocía detrás de la lengua. Encendí un cigarrillo. Dos equipos de televisión, CNN y NDR, estaban esperando a que sucediera algo. Una fina capa de lluvia se posaba sobre Berlín. El olor a ceniza. El ruido salvaje de las obras. Las grúas giraban lentamente, apenas visibles debajo de las nubes bajas. Parecía como si Dios estuviera jugando con un mecano. Otra limusina, una locomotora larga y blanca con banderitas norteamericanas, se detuvo delante del hotel, y salió de ella una mujer con la espalda más recta que había visto en mi vida. Acudieron en su ayuda diecinueve paraguas. Ella se rió, y su risa estaba mojada en whisky, untada de resina y pulida con lija gruesa. Todavía riéndose, inició su recorrido por la alfombra roja, mientras saludaba con una mano esbelta que se deslizaba con la elegancia de un carterista entre las gotas que se encontraban fuera del alcance de los paraguas negros. Nadie podía andar sobre una alfombra roja como ella. Era Lauren Bacall. Era la mismísima Lauren Bacall. Estaba presente en su propio cuerpo, presente en cada gramo. Lo llenaba hasta las puntas de los dedos, hasta los lóbulos de las orejas, hasta las cejas. Los paraguas se volvían del revés sobre ella conforme su barbilla avanzaba. Acababa de invadir Alemania, y yo permanecía inmóvil, atornillado a esa visión eléctrica: Lauren Bacall que lenta y soberanamente pasa por delante de mí y yo que permanezco en el remolino que ella deja, y eso es como un augurio al revés, un *déjà vu* como un reflejo de espejo: lo veo, el cine Rosenberg, fila 14, butacas 18, 19 y 20, *El sueño eterno*, Vivian está sentada en el centro, próxima y nítida, incluso noto el nuevo jersey de cuello alto que me pica, y oigo a Lauren Bacall susurrar a Humphrey Bogart, con esa voz que nos produce carne de gallina e inquietud hasta la médula, *A lot depends on who's in the saddle* y luego, Peder y yo ponemos a la vez el brazo alrededor de Vivian, mi mano tropieza con los dedos de Peder, ninguno de los dos decimos nada y Vivian sonrío, sonrío para sí, mientras se echa hacia atrás, hacia nuestros brazos. Pero cuando me vuelvo hacia ella descubro que está llorando.

Y ahora estaba yo bajo la lluvia en Berlín, junto a la alfombra roja, delante del hotel Kempinski. Algo había sucedido. Alguien seguía gritando y yo no captaba ni un sonido. Las lámparas estaban apagadas, las cámaras, tapadas, las limusinas se habían ido a otra parte. El mismo portero me tocó levemente el brazo. —¿Va todo bien, señor? —¿Cómo? Su cara se estaba acercando. Todo el mundo tiene que inclinarse sobre mí debido a mi corta estatura. —Señor, ¿va todo bien? Asentí con la cabeza. Miré a mi alrededor. Las grúas no se movían, a Dios ya no le apetecía jugar con el mecano, o tal vez fuera sólo por las nubes, que se movían velozmente por el cielo en dirección contraria. —¿Seguro, señor? Un cigarrillo flotaba en el arroyo. A alguien se le había caído una cámara. Estaba rebobinando. —¿Puede lla-

mar un taxi? –Con mucho gusto, señor. Tocó un silbato que tenía preparado en la mano. Busqué en el bolsillo un billete para dárselo, se lo merecía. Pero negó con la cabeza y miró hacia otro lado. –Guárdese, señor. Volví a meterme el dinero rápidamente en el bolsillo. –Muchas gracias, dije.

Llegó el taxi y el portero me abrió la puerta. El coche olía a especias o incienso. En el asiento delantero había una alfombra para orar enrollada. –Zoo Palast, dije. El taxista se volvió, sonriente. Un diente de oro iluminaba su boca negra. –¿Debo detenerme donde el zoológico? Yo también tuve que sonreír. –No, no; pare junto al Centro del festival. Allí hay animales más divertidos.

Tardamos media hora en llegar. Hubiera tardado cinco minutos andando. Vací una botella de coñac y me dormí. En el sueño vi una imagen: Fred arrastrando un ataúd sobre la nieve del patio. El taxista tuvo que despertarme. Habíamos llegado. Se rió. La oí. La risa misericordiosa. Su diente de oro me cegó. Pagué mucho más de lo debido, tal vez el hombre pensara que le había entendido mal, que era un turista que no sabía contar o algún director borracho de cine, vestido con un traje demasiado caro. Quiso devolverme dinero ese honrado mahometano de Berlín, pero yo ya estaba en la acera, entre ruinas y catedrales, monos y estrellas. Enseguida llegaron unos que querían venderme una chaqueta de cuero. Los aparté de un empujón. Dejó de llover. Las grúas continuaban sus lentos movimientos circulares y el cielo sobre Berlín de repente estaba despejado y casi transparente. Un frío sol me daba directamente en los ojos mientras una bandada de palomas alzó el vuelo destrozando la luz.

Entré en el Centro del festival. Dos guardias armados comprobaron mi acreditación con la pequeña foto sacada la noche anterior, *Barnum Nilsen, guionista*, miraron demasiado tiempo mi cara y me dejaron pasar por la zona de seguridad, por la sagrada puerta que separaba a los que participan de los que no participan. Yo participaba. La gente corría y tropezaba como loca, con las manos llenas de cervezas, folletos, cassetes, teléfonos móviles, carteles y tarjetas de visita. Las mujeres eran altas y flacas, con el pelo recogido, las gafas colgadas de un cordón alrededor del cuello y estrechas faldas grises, como si todas llegaran directamente de la misma tienda. Los hombres eran casi todos gordos y bajitos, de mi edad, el soplo del corazón se reflejaba en sus miradas sanguinolentas, eran idénticos, y al menos uno de nosotros moriría antes de acabar el día. En una pantalla gigante se estaba mostrando el tráiler de una película japonesa de gánsters. Al parecer se estaba poniendo de moda la violencia estética. Estaba aceptado el matar lentamente. Alguien me ofreció una copa de sake. Bebí. Volvieron a llenarme la copa. Bombardeé suavemente mi hígado. Bille August estaba siendo entrevistado por un equipo de la televisión australiana. Su camisa era tan blanca como siempre. Nadie llevaba las camisas tan blancas como

Bille August. Deberían haberle preguntado: «¿Cuántas camisas blancas tiene usted? ¿Con qué frecuencia se cambia de camisa?» En otro rincón estaba Spike Lee gesticulando delante de una cámara. En medio de todo esto llegó Peder como un huracán, con el nudo de la corbata colgándole sobre la tripa y sin parar de mover la boca, como si estuviera hiperventilando o intentando batir el nuevo récord de fumador pasivo. No era improbable que fuera él el que muriese en el transcurso de la noche. Se detuvo delante de mí y tomó aliento. —Ya veo, dijo. Has vuelto a caer. —Nunca me había levantado. —¿Cómo estás de borracho? —Cinco y medio. Peder se me acercó más, le vibraba la nariz. —¿Cinco y medio? Pues parece más bien un recargo postal, Barnum. —Ni hablar. Controlo. Me reí. Me gustaba que Peder usara nuestras viejas bromas. Pero Peder no se reía. —¿Dónde coño has estado? —En la sauna. —¿En la sauna? ¿Sabes cuánto tiempo llevamos esperándote? ¿Lo sabes? Peder me sacudió el brazo. Estaba desequilibrado. —¡He dicho tantas cosas bonitas sobre ti, que estoy a punto de vomitar! Me arrastró hacia la sección escandinava. —Relájate —dije—. Ya estoy aquí. —¿No puedes hacerte con un teléfono móvil, como todo el mundo, joder? —No quiero tener cáncer en la cabeza, Peder. —¡Entonces cómprate un busca! ¡Voy a comprarte un busca, coño! —¿Crees que funcionan en la sauna? —¡Funcionan hasta en la luna! —Me encuentras de todos modos, Peder. De repente se detuvo, y me miró detenidamente. —¿Sabes qué? ¡Cada vez te pareces más a ese chiflado hermanastro tuyo! Cuando Peder dijo eso, el momento se reventó, mi búnker y el tiempo vinieron hacia mí desde todas partes. Lo cogí por la chaqueta y lo acorralé contra la pared. —¡No vuelvas a decir eso nunca más! ¡Nunca! Peder me miró anonadado, con el sake chorreándole por los pantalones. —Joder, Barnum, no he querido decir eso. Creo que alguien empezaba a fijarse en nosotros. Había en mí una ira que apenas podía reconocer. Casi me sentaba bien. Me proporcionó una base. —¡Me importa un carajo lo que pienses! ¡Pero no se te ocurra jamás compararme con Fred! ¿Lo entiendes? Peder intentó sonreír. ¡Lo entiendo! Suéltame ya, Barnum. Esperé un instante. Luego solté a Peder. Se quedó inmóvil apoyado en la pared, extrañado y molesto. La ira se me fue, dejando atrás nada más que vergüenza, ansiedad y turbación. —Lo que pasa es que no quiero que me lo recuerden, dije en voz baja. —Lo siento —susurró Peder—. Ha sido muy imprudente por mi parte decir algo así. —Está bien. Olvidémoslo. Perdona. Saqué el pañuelo e intenté limpiar el alcohol japonés de sus pantalones. Peder no se movió. —¿Vamos ya a esa reunión?, preguntó. —¿Quién hay? Peder suspiró. —Dos daneses y un inglés. —Qué divertido. ¿Es un chiste? Dos daneses y un inglés. —Tienen oficinas en Londres y Copenhague. Tuvieron una participación bastante importante en *Paseando a Miss Daisy*. Ya te lo expliqué ayer, Barnum. También le había manchado de sake los zapatos. Me arrodillé y se los limpié lo mejor que pude. Peder empezó a patallar. —¡Com-

pórtate!, resopló. Me puse de pie. –¿Qué es lo que quieren realmente? –¿Que qué quieren? ¿Y tú qué crees? Conocerte a ti, claro está. Les encanta *El vikingo*. –Gracias, Peder. ¿También estamos haciéndonos ya la pelota tú y yo? –No. Vámonos, Barnum.

Y nos fuimos. Conforme nos alejábamos, iba habiendo menos gente. Era típico que el stand noruego estuviera lo más lejos posible, en el último rincón, no habíamos ido más allá de *Los peligros de la vida del pescador*, la mismísima piedra angular de la melancolía noruega, que nos empujaba hacia la periferia de Europa y del festival. Llegar a Noruega era en sí una expedición. Peder me miró muy enfadado. –Joder, sueñas como un minibar lleno. –Pronto estará vacío, Peder. Abrí un whisky y me lo bebí. Peder me tenía cogido del brazo. –Necesitamos esto, Barnum. Va en serio. –¿*Miss Daisy*? ¿No era en realidad una película de mierda? –¿Una película de mierda? ¿Sabes la cantidad de nominaciones que obtuvo? Esos son chicos grandes. Más grandes que nosotros. –En ese caso, ¿por qué han tenido paciencia para esperar durante tres horas? –Ya te lo he dicho, Barnum, porque les encanta *El vikingo*.

Estaban sentados en una mesa en un reservado al otro lado de la barra del bar. Tenían treinta y pocos años, llevaban trajes hechos a medida, gafas de sol en el bolsillo del pecho, coleta, aro en la oreja, grandes panzas y pequeñas miradas. Eran hombres de la época. Yo ya había empezado a sentir desprecio por ellos. Peder tomó aliento y se subió el nudo de la corbata. –Y tú, Barnum, ¿te mostrarás simpático, educado y sobrio? –Y genial. Le di unas palmaditas en la espalda. Estaba empapado. Luego entramos a hablar con aquellos hombres. Peder entrelazó las manos. –¡Aquí está nuestro amigo profundamente añorado! Se perdió por el zoológico. No supo distinguir. Ellos se levantaron y encendieron las sonrisas. Peder iba descendiendo hasta las banalidades y aún no eran las tres. Uno de los daneses, Torben, se inclinó sobre el cenicero en el que había dos puros agonizando. –¿Barnum es un seudónimo o es tu nombre de verdad?, preguntó. –Es mi nombre de verdad, pero lo uso como seudónimo. Eso provocó algunas risas y Peder intentó levantar las copas, pero el danés no se dio por vencido tan fácilmente. –¿Es tu nombre de pila o tu apellido? –Las dos cosas. Depende de con quién hable. Torben sonrió. –¿No era Barnum un estafador norteamericano? *There's a sucker born every minute*. –Te equivocas, dije. Fue un hombre de la banca quien dijo eso: David Hannum. Pero fue Barnum quien dijo: *Let's get the show on the road*. Peder logró por fin hacer un brindis. Hicimos chocar nuestras copas y le tocó al otro danés, Preben, inclinarse sobre la mesa. –¡Nos encantó *El vikingo*! Un guión maravilloso. –Muchas gracias, dije, y vacié el schnaps. –Una pena que no llegara a convertirse en película. Peder tomó la palabra: –Ahora no debemos perdernos en detalles, dijo. –A mí me parece que sí debemos hacerlo. Peder me dio una patada por debajo

de la mesa. –Miremos hacia delante –dijo–. Nuevos proyectos. Nuevas ideas. Estuve a punto de levantarme y no lo conseguí. –Si el guión os parece tan maravilloso, ¿por qué no hacéis la película? Peder bajó la vista y Torben se retorció un instante en la silla, como si estuviera sentado sobre una enorme chincheta. –Si hubiéramos conseguido a Mel Gibson para el papel principal, tal vez podría haberse hecho. El otro danés, Preben, se inclinó hacia mí. –Además, hoy en día la acción no está de moda –señaló–. La acción está anticuada. –*But what about vikings in outer space?*, pregunté. Sonó uno de los teléfonos. Todos cogieron el suyo, como pistoleros algo cansados. Ganó Tim, el inglés. Se habló de altas cifras y un par de nombres igual de altos se mencionaron de paso: Harvey Keitel, Jessica Lange. No se podía hacer otra cosa que sonreír y apurar las copas. Conseguí levantarme y fui al wáter. Vací una botellita de ginebra, apoyé la frente contra la pared e intenté averiguar lo que debería decirles. No quería darles lo que tenía. Yo era ese guionista descerebrado al que llevaban tres horas esperando. De repente me alcanzó con toda claridad el reflejo del espejo del ascensor. No fue una visión hermosa. El párpado destrozado se bajó pesadamente. Intenté encontrar un instante en el que esconderme. No fui capaz. Cuando volví, Peder me había cambiado el sake por una taza de café. Pedí un schnaps doble. Tim estaba preparado con un *time manager* más gordo que la Biblia del hotel Kempinski. –Como puedes entender, Barnum, estás muy arriba en la lista de los guionistas con los que nos gustaría colaborar. Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en el rostro de Peder. –¿Tenéis algún proyecto concreto?, pregunté. –Nos gustaría saber lo que has traído. –Vosotros primero –dije–; así sabré un poco mejor cómo está la situación. Tim desplazó lentamente su mirada de mí a los daneses. De nuevo Peder estaba sudando muchísimo. –A Barnum le encanta jugar a la pelota, se apresuró a decir. Sonó tan absurdo que no pude reprimir una carcajada. «A Barnum le gusta jugar a la pelota.» Peder volvió a darme una patada en la pierna. Éramos ya como un viejo matrimonio. De repente el schnaps estaba delante de mí. Torben se encargó de la conversación. –De acuerdo, Barnum, a nosotros no nos importa jugar a la pelota. Queremos hacer *El pato salvaje*. Como te hemos dicho, la acción ya no está de moda. Al público le interesan las cosas cercanas, ¿verdad? La familia, por ejemplo. De ahí *El pato salvaje*. Peder no apartaba la mirada de mí. Resultaba enervante. –Eso puede interesarte, ¿eh, Barnum? –dijo por fin–. En un par de meses conviertes la obra en película, ¿verdad que sí? Pero nadie escuchaba ya a Peder. –¿Será una producción noruega? –pregunté–. ¿O escandinava? –Más grande –dijo Torben con una sonrisa–. Norteamericana. Keitel, Lange, Robbins. No tendríamos nada en contra de llamar a Max o a Ghita. Pero el diálogo será en inglés, si no, no es rentable. –Y tendremos que actualizarla un poco –se apresuró a decir Preben–. Situaremos la acción en nuestra época. *El pato*

*salvaje* en los años noventa. –¿Para qué haríamos eso?, pregunté. –Claro que situaremos la acción en nuestra época –dijo Peder–. No nos interesa una película de disfraces, ¿verdad que no? Se hizo un momento de silencio. Me encontré con otro schnaps. Tim susurró algo a Preben, que se volvió hacia mí. –Nos imaginamos algo así como *Rainman* se encuentra con la *Sonata de otoño*, dijo. Tuve que inclinarme hacia él. –¿Perdón? ¿Quién se encuentra con qué? –Simplemente deseamos mostrar la genialidad de Ibsen –apuntó Torben–, es decir, su atemporalidad. –¿Atemporalidad? ¿*Miss Daisy* se encuentra con *La muerte de un viajante* o algo así? La mirada de Torben se apagó un poco. Los otros se rieron brevemente. Peder no aguantaba más. Intentaba encontrar el tono. –¿Alguien quiere algo de comer?, preguntó. Nadie contestó. Peder empezó a fumar. Lo había dejado hacía ocho años. Torben entrelazó las manos y me contempló por encima de los nudillos. –¿Y qué pelota tienes para tirarnos, Barnum? –Película porno, contesté. –¿Película porno? –Esta mañana estaba en mi habitación mirando la televisión de pago, y me fijé en la ausencia de talento en las películas porno, en su falta de decisión. Nada de dramaturgia. Personajes penosos. Un casting horrible. Diálogos verdaderamente pobres. Escenografía repulsiva. Torben se impacientaba. –Quieres decir una película *erótica*, ¿no es así? –No, no. Quiero decir pornografía, pornografía dura. Con una buena historia, personajes interesantes y una agudísima dramaturgia. Una construcción aristotélica hasta el orgasmo. Pornografía para un público moderno. Tanto para mujeres como para hombres y todos los demás. *Nora* se encuentra con *Garganta profunda*. Es atemporal.

El inglés se levantó primero. Los daneses lo siguieron. Dieron la mano a Peder e intercambiaron tarjetas de visita. –Estaremos en contacto –dijo Peder–. Barnum podrá tener listo el borrador dentro de un par de meses. –Recuérdale que se trata de Ibsen –señaló Torben–. No de televisión de pago. Peder soltó una carcajada. –¡No hay peligro! Tengo a Barnum bajo control.

Los chicos grandes se marcharon. Nosotros nos quedamos sentados. Peder estaba taciturno. Es la única persona a quien describo como taciturna, pues cuando Peder optaba por quedarse callado, se ponía taciturno. Ahora estaba más taciturno que nunca. Me he acostumbrado a aguantarlo. Si hay algo que sé hacer en este mundo, es tratar con personas taciturnas. Lo único que se puede hacer es callar y esperar a ver quién dice algo primero. Peder perdió. –Todo ha salido muy bien –dijo mirándome–. Llegas con tres horas de retraso y cuando por fin apareces, te muestras grosero, borracho y con las manos vacías. Increíble. Salud, Barnum. Dimos un trago y luego me tocó hablar a mí. –¿Crees que Meryl Streep quiere hacer el pato?, pregunté. Peder miró hacia otro lado. –Estás muy borde, Barnum. Dios mío. ¡Pornografía aristotélica! –¿Qué quieres decir con *borde*? –Lo sabes de sobra. –No, no

lo sé de sobra. Peder se volvió de repente otra vez hacia mí. –Lo he visto antes, Barnum. Te he visto caer. Y no me da la gana acompañarte más. Me levaté. De repente me sentía inquieto. Me vino a la mente la cara del ascensor, un cubo de caras fueron colocadas sobre mí, una tras otra. –Joder, Peder. Odio la manera en la que hablan. *Rainman se encuentra con la Sonata de otoño*. Toda la mierda que son capaces de decir. Lo odio. –Sí, sí. Yo también lo odio. ¿Pero me pongo chulo por ello? Hablan así. Todos hablan así. *El graduado se encuentra con Solo en casa*, y *Waterfront se encuentra con Pretty Woman*. Algún día también nosotros hablaremos así. Peder dejó el schnaps en la mesa, se sujetó la cabeza con las manos y volvió a quedarse taciturno. –Me encontré con Lauren Bacall, dije. Peder levantó lentamente la vista. –¿Qué dices? Volví a sentarme. Tenía que estar sentado para contarle. –He dicho Lauren Bacall –contesté–. Casi la toco. Peder acercó su silla y esbozó una leve sonrisa. –¿Nuestra Lauren Bacall? –Pero, Peder, por Dios, ¿hay alguien más que nuestra Lauren Bacall? –Claro que no. Lo siento. Hoy no es mi día. Acabo de ver tres sacos de dinero abandonar la habitación. Le tomé la mano; estaba caliente e inquieta. –¿Qué aspecto tenía?, susurró. Me tomé mucho tiempo antes de contestar. –Como una esfinge –dije–. Como una esfinge azul que se ha soltado del zócalo de los focos. –Bien, Barnum. –Llovía y ella no se mojó, Peder. –Me lo imagino todo, Barnum. Creo que también Peder se perdió en sueños durante unos segundos. En esos casos su cara se volvía como la de un niño y pude ver clarísimamente su piel de gallina entre el cuello de la camisa y la oreja, como si se le hubiera pegado para siempre aquella noche en el cine Rosenborg, fila 14, cuando pusimos los dos a la vez el brazo alrededor de Vivian en el momento en que Lauren Bacall dijo, con su voz ronca y excitante: *Nothing you can't fix*.

Y luego fue como si Peder volviera y de repente hubiera envejecido. Una marcada arruga, de la que no me había percatado antes, salía oblicuamente de su ojo izquierdo, en medio del abanico de las que ya tenía, dibujando un desequilibrio tal en su cara que casi hacía tambalearse su cabeza. Peder y yo empezábamos a parecernos el uno al otro. –Por cierto, llamó Vivian –dijo–. Creo que está preocupada por Thomas. –Vivian siempre ha estado preocupada. Peder negó con la cabeza, triste. –Creo que debemos llevarle algún regalo bonito a Thomas, sugirió. Intenté sonreír. Me salió mal. –Claro que sí –dije riéndome–. ¿Te acuerdas de lo que dijeron los chicos grandes? Ahora lo que cuenta es la familia. Peder se ensimismó en su vaso y estuvo taciturno durante un rato. –Todo el mundo opina que eres un cabrón –susurró por fin. Le oí decirlo, pero las palabras no me llegaron. –¿Todo el mundo? Peder me miró. –En este momento no se me ocurre nadie que no lo opine, contestó. –¿Thomas también? Peder se volvió hacia otra parte. –Thomas es un niño callado, Barnum. No sé lo que él entiende. Encendí un cigarrillo.

Tenía la boca dolorida. Puse la mano sobre los dedos de Peder. –Tal vez podamos comprarle algo entre los dos, algo muy bonito, ¿verdad? –Claro que sí, asintió Peder.

Luego nos fuimos al bar del festival. Allí solía languidecer la gente del gremio. Peder opinaba que debíamos hacernos visibles. Así lo dijo. Teníamos que estar en el meollo, en el lugar adecuado en el momento adecuado. Comimos unas salchichas gordísimas para conservar el equilibrio. Bebimos líquido de contraste con hielo. Nos hicimos visibles. Al parecer se había vuelto a hablar de la autora Sigrid Undset y de si un director masculino sería capaz de hacer una película sobre su novela *Kristin Lavrandsdatter*. Era la elite. No me mezclé en la conversación. Me limité a mezclar bebidas y a pensar en Thomas. Yo era el cabrón. Le compraría un gran regalo, le compraría un muro entero en el que pudiera escribir, y una grúa de Berlín. Le llevaría el juego de mecano de Dios para que Thomas, el hijo de Vivian, pudiera atornillar el cielo de nuevo. Llegaban voces de todas partes. Bebí hasta el olvido. Cuando cerraba los ojos, todos los ruidos desaparecían, como si el nervio de la visión estuviera conectado al laberinto del oído, pero hacía mucho que no creía que también desaparecía tan fácilmente el mundo, al cerrar los ojos, se entiende. Hubiera preferido que desapareciera todo, tanto los sonidos como ese mundo en el que nacen los sonidos, ya que cuando abrí los ojos se estaba acercando la crítica de la sauna, mi mal augurio. Ella ya había adquirido la mirada del festival, cíclope con índice de alcoholemia. Naturalmente, acarició la espalda de Peder. –¿Tenéis algo interesante que contar, chicos? ¿Aparte de que Barnum invita a Cliff a coca-cola en la sauna? Peder movió la cabeza horizontalmente, como si el techo fuera demasiado bajo. –Es muy pronto para decirlo –contestó–, pero algo se está cociendo. Puedes escribir que Miil y Barnum están en ello. El Alce colocó todo su vestido frente a él. Yo estaba a punto de pedir unos tubos para respirar. –¿Tenéis reservado compartimento en el tren de *Kristin*? ¿Acaso Barnum va a traducir el guión del sueco? Peder alejó la mano de ella. –Si *Kristin Lavrandsdatter* se convierte en champán, dijo, nosotros haremos el agua pesada. El Alce soltó una breve risita mientras se echaba hacia atrás con el fin de obtener los últimos restos del fondo de la ancha copa de coñac. –Decidme algo más, chicos. Estamos ya hartos de viejas metáforas. –Imagínate, *Alce* se encuentra con la *Puesta del sol*, dije. Ella se volvió lentamente hacia mí haciendo como si hasta ese momento no se hubiera percatado de mi presencia, lo que no era cierto, claro. Me había visto desde el principio. Hizo una mueca. –Te daremos un soplo cuando llegue el momento –se apresuró a contestar Peder–, en exclusiva. Pero ella seguía mirándome. –Digamos que es un acuerdo. Dale recuerdos a Cliff, Barnum. El Alce se me acercó de repente al oído. –Que os jodan, susurró y desapareció en la empinada niebla hacia los servicios. Peder empezó a

tirarme de la chaqueta. –¿Ha dicho Cliff en la sauna? ¿Cliff y Barnum en la sauna? –Hay sauna unisex en Alemania, Peder. ¿Crees que tiene algo que ver con la guerra? –¿De qué estás hablando? ¿Compartiste la sauna con Cliff? –El Alce estaba allí primero. Es la primera vez que la he visto desnuda. –Prefiero no oírlo, Barnum. –Parece una pera blanda. –¿Qué te susurró al oído? –Sólo mi viejo eslogan. Que os jodan. Peder alzó los ojos al cielo y volvió a encogerse. –No la provoques a escribir más tonterías sobre ti, Barnum. Es lo que menos necesitas ahora.

Cuando Peder se emborracha alguna que otra vez, todo en él señala hacia abajo: el pelo, las arrugas, la boca, los dedos, los hombros. El alcohol colgaba como un plomo de su cuerpo. Todo Peder descendía hacia los zapatos. Podría haberle dicho que ya estábamos viejos, que éramos dos extraños amigos que habían compartido todo en esta vida y que ahora nos habíamos quedado sólo con la mitad. Y a continuación yo, con una sonrisa, podría haberme pasado cuidadosamente el dedo por la arruga más profunda de la cara.

–Lo que menos necesito ahora –dije– es que tú me digas lo que menos necesito.

–Lo que menos necesitamos es una copa, señaló Peder.

Levantó un brazo, pero también el brazo cayó, quedando entre ceniceros, servilletas mojadas y botellas. Alguien cantaba en noruego en una mesa en la que, afortunadamente, no había sitio para más. Se aproximaban los créditos. Llegaron esas últimas copas que necesitábamos. Peder levantó el vaso con ambas manos. –Salud, Barnum. En realidad, ya no tenemos gran cosa que hacer aquí en Berlín. Excepto comprarle un regalo a Thomas. ¿O también te has olvidado ya de eso? Bajé la vista, y de repente me acordé de lo que tenía en la maleta en la habitación del hotel. –He traído un guión, dije. Peder dejó sigilosamente el vaso. –¿Y no me dices hasta ahora que tienes un guión? –Entonces estarás contento, ¿no, Peder? –¿Contento? ¡No me jodas, Barnum! ¡Dame algo! Una pequeña pista. ¡Un título! –*El hombre nocturno*, contesté. –*El hombre nocturno*, repitió Peder sonriente. –¿Siempre tienes que decir lo mismo dos veces? –¿De qué trata? ¡*Pitch me*, Barnum! Tuve que sonreír. Así hablábamos ahora. *Pitch me*. Relléname. –De la familia, ¿de qué si no? Peder se agarró la cabeza con las dos manos y la sacudió. –¿Por qué no dijiste nada en la reunión? ¿Por qué coño no llevaste el guión a la reunión? –Porque me despertaste, Peder. Se soltó la cabeza, que cayó hacia los hombros. –¿Te desperté? –Sí, Peder. Me llamas, me despiertas, cuelgas y hay mensajes por todas partes. Apenas me dejan en paz en la sauna, Peder. Lo odio. Y tú lo sabes. –Lo sé, Barnum. –Odio que me machaquen. Han estado machacándome y dándome la lata toda mi puta vida. Todo el mundo me ha estado machacando. Estoy hasta el gorro, Peder, así de simple. Se le habían vaciado los ojos. –¿Has acabado ya, Barnum? –No

me machaques. Peder se acercó e intentó enderezarse. Casi me cogió de la mano. –No fui yo quien te llamó –susurró–. Y no te he dejado ningún mensaje.

En el momento en el que lo dije me puse sereno y me quedé congelado. Todo temblaba a mi alrededor, todo era abominable y cercano. Lo sabía. Todo lo que había aplazado estaba ocurriendo ahora. Me fui. Peder intentó retenerme. No lo logró. Salí a la noche berlinesa. Nevaba, un parpadeo entre las luces y la oscuridad. Oía gritar a los animales en el zoológico. Anduve entre las ruinas y pasé por delante de los restaurantes que nunca cerraban, hasta que llegué al hotel Kempinski, donde estaban en fila las limusinas como furgones funerarios reformados en una cola desolada. El viejo portero de pelo blanco abrió la pesada puerta y saludó con la mano en la gorra, sonriendo indulgentemente. Subí en ascensor hasta mi habitación, abrí la puerta y vi que la camarera la había limpiado, había cambiado las toallas, las zapatillas y el albornoz. El teléfono seguía parpadeando; lo descolgué violentamente, pero sólo recibí un tono desconocido, y entonces vi el sobre, el sobre que había doblado y metido en el bolsillo del otro albornoz estaba en el escritorio junto a una fuente de fruta y una botella del vino tinto del festival. Dejé el auricular y me acerqué. Abrí el sobre y saqué una hoja. Me senté en la cama. Era un fax y en la parte de arriba se veía su procedencia: Hospital de Gaustad, sección de psiquiatría, esa misma mañana, a las 7.41. Era la letra de mi madre, sólo dos líneas torcidas, letras temblorosas. *Querido Barnum. No te lo vas a creer. Fred ha vuelto. Regresa a casa en cuanto puedas. Tu madre.*

Leí otra vez las dos líneas y me levanté despacio, casi tranquilo. Al coger la hoja, mis manos estaban completamente quietas, sí, mis manos estaban quietas, y miré por encima del hombro, una rápida mirada, como suelo hacer, como creyendo que había alguien en la sombra de la puerta, vigilándome.